



Matt Ruff
Territorio Lovecraft

DESTINO

Territorio Lovecraft

Matt
Ruff

Traducción de
Javier Calvo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1458

Título original: *Lovecraft Country*

© Matt Ruff, 2016

© por la traducción, Javier Calvo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-233-5508-2

Depósito legal: B. 3.640-2019

Composición: Pleca Digital, S. L. U.

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Territorio Lovecraft



MILLA SEGREGADA: Unidad de medida, propia de los automovilistas de color, que se compone tanto de distancia física como de porciones al azar de miedo, paranoia, frustración e indignación. Su naturaleza amorfa hace que la duración de los trayectos sea imposible de calcular, y su violencia nunca deja de poner en peligro la salud y la cordura del viajero.

Guía de viajes seguros para negros,
edición de verano de 1954

Atticus ya casi estaba en casa cuando el policía estatal le hizo parar el coche.

Había salido de Jacksonville hacía dos días en un Cadillac Coupe del 48 de segunda mano que se había comprado con lo que le quedaba de su paga del ejército. El primer día condujo setecientos veinticuatro kilómetros, comiendo y bebiendo las provisiones de una cesta preparada de antemano, parando sólo para poner gasolina. En una de las gasolineras, el cuarto de baño para gente de color no funcionaba, y cuando el empleado le negó la llave del servicio de los blancos, Atticus se vio obligado a orinar en las matas de detrás de la estación.

Pasó la noche en Chattanooga. En la *Guía de viajes seguros para negros* constaban cuatro hoteles y un motel, todos en la misma parte de la ciudad. Atticus eligió el motel, que tenía adjunta una cafetería abierta las veinticuatro horas. El precio de la habitación, tal y como prometía la guía, era de tres dólares.

A la mañana siguiente, en la cafetería consultó un mapa de carreteras. Le quedaban novecientos sesenta kilómetros más para llegar a Chicago. En la mitad de su ruta prevista estaba la ciudad de Louisville, en Kentucky, que de acuerdo con la guía tenía un restaurante que le serviría el almuerzo. Atticus se lo planteó, pero toda inclinación a posponer todavía más su regreso a casa se veía vencida por el deseo de dejar atrás el sur, de forma que después de terminarse el desayuno sacó la cesta del coche y le pidió a la cocinera de la cafetería que se la llenara de bocadillos, Coca-Cola y pollo frito frío.

Sobre la una de la tarde llegó al río Ohio, que marcaba la frontera entre Kentucky e Indiana. Mientras lo estaba cruzando por un puente que llevaba el nombre de un esclavista muerto, Atticus sacó el brazo por la ventanilla y se despidió de Jim Crow levantando el dedo del medio. Un conductor blanco que venía en sentido contrario vio el gesto y le gritó algo horrible, pero Atticus se limitó a reírse, pisó el acelerador y cruzó al norte.

Al cabo de una hora, por un tramo de carretera que discurría entre granjas, al Cadillac se le pinchó un neumático. Atticus empujó el coche a un sitio seguro en el arcén y salió a poner la rueda de repuesto, pero resultó que también estaba pinchada. Aquello lo frustró —había comprobado la rueda de repuesto antes de empezar el viaje y le había parecido que estaba bien—, pero, por mucha mala cara que él le pusiera, la rueda de recambio seguiría resueltamente pinchada. Era un neumático sureño, pensó Atticus: la venganza de Jim Crow.

Detrás de él, a lo largo de dieciséis kilómetros por lo menos, no había nada más que campos y bosques, pero si miraba la carretera que le quedaba delante, podía ver, quizá a unos tres kilómetros, un grupo de edificios. Llevando consigo la *Guía del viaje seguro para negros*, echó a andar. Había tráfico en la carretera, y al principio de su caminata intentó parar a los vehículos que iban en su dirección, aunque los conductores o bien fingían no verlo o bien acelera-

ban para adelantarlos, de manera que terminó por rendirse y se concentró en poner un pie delante del otro.

Llegó al primero de los edificios. El letrero de la fachada decía TALLER MECÁNICO JANSEN, y Atticus pensó que había tenido suerte, hasta que vio la bandera confederada que colgaba sobre la entrada del garaje. Estuvo a punto de pasar de largo, pero decidió que tenía que intentarlo.

Dentro del garaje había dos hombres blancos: uno pequeñajo con bigotito de pelusa que estaba sentado en un taburete alto leyendo una revista, y otro mucho más corpulento, encorvado bajo la capota abierta de una camioneta. Al entrar Atticus, el hombrecillo levantó la vista de su revista y chasqueó la lengua maleducadamente.

—Disculpe —dijo Atticus. Esto llamó la atención del hombre corpulento. Cuando se incorporó y se dio la vuelta, Atticus vio que tenía en el antebrazo un tatuaje de lo que parecía una cabeza de lobo—. Perdome que le moleste, pero he tenido un problema. Necesito comprar una rueda.

El hombretón lo miró un momento con expresión malhumorada y, sin alterarse, por fin contestó:

—No.

—Ya veo que está ocupado —indicó Atticus, como si ése pudiera ser el problema—. No le estoy pidiendo que me la cambie. Usted véndame el neumático y yo ya...

—No.

—No lo entiendo. ¿No quiere mi dinero? Usted no tiene que hacer nada, sólo...

—No. —El hombre se cruzó de brazos—. ¿Necesitas que te lo repita cincuenta veces más? Porque lo haré.

Y entonces Atticus, echando chispas, dijo:

—Eso es un tatuaje de los Wolfhounds, ¿verdad? El 27.º regimiento de Infantería. —Se tocó la chapa del servicio que llevaba en la solapa—. Yo serví con el 24.º de Infantería. Combatimos juntos con el 27.º por casi toda Corea.

—Yo no estuve en Corea —dijo el hombretón—. Estuve en Guadalcanal y en Luzón. Y allí no había negros.

Y, tras esto, se volvió a encorvar bajo la capota de la camioneta dándole la espalda, lo que era al mismo tiempo una invitación a marcharse y a otra cosa. Dejando que Atticus decidiera cómo se lo quería tomar. Las humillaciones múltiples de los meses pasados en Florida hicieron que la decisión fuera más difícil de lo que a Atticus le hubiera gustado. El hombrecillo del taburete todavía lo estaba mirando, y si hubiera dicho algo o hubiera sonreído nada más, Atticus se habría liado a puñetazos. Pero el hombrecillo, notando quizá lo deprimido que podía perder los dientes incluso con la protección del hombretón, no sonrió ni tampoco dijo nada, y Atticus se marchó echando humo, con los puños cerrados a los costados.

Al otro lado de la carretera había una tienda con una cabina telefónica en el porche. Atticus buscó en la guía y encontró una recomendación de un taller mecánico con dueños negros en Indianápolis, a unos ochenta kilómetros. Hizo la llamada y le explicó su situación al mecánico que le había cogido el teléfono. El mecánico se mostró comprensivo y aceptó ir a ayudarlo, pero le avisó de que tardaría.

—No pasa nada —dijo Atticus—. Aquí estaré.

Colgó y vio que había una señora mayor dentro de la tienda mirándolo nerviosa a través de la puerta mosquite-ra. Una vez más, decidió dar media vuelta y marcharse.

Volvió al coche. En el maletero, al lado de la rueda de repuesto inútil, había una caja de cartón llena de libros de bolsillo ajados. Atticus eligió un ejemplar de las *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury. Se sentó en el Cadillac y leyó sobre el «verano de los cohetes» de 1999, cuando los humos de escape de una nave espacial con rumbo a Marte derritieron las nieves del invierno. Se imaginó que él iba a bordo de la nave y que se elevaba por el cielo impulsado por un chorro de fuego, dejando atrás para siempre el norte y el sur.

Pasaron cuatro horas. Se terminó las *Crónicas marcianas*. Bebió Coca-Cola caliente y se comió un sándwich,

pero, como era consciente de las miradas de los automovilistas que pasaban, no tocó el pollo frito. Estaba sudando en medio del calor sin brisa de junio. Cuando ya no pudo seguir sin hacer caso de su vejiga, esperó a que no hubiera coches y se fue detrás de un sicómoro que crecía junto a la carretera.

Ya eran más de las siete de la tarde cuando llegó la grúa. El conductor, un negro de pelo canoso y piel clara, se presentó como Earl Maybree.

—Earl, sólo Earl —insistió cuando Atticus intentó llamarlo señor Maybree. Sacó la rueda de repuesto de la parte de atrás de la grúa—. Vamos a ponerlo a usted de vuelta en la carretera.

Trabajando los dos juntos, tardaron menos de diez minutos. Después de ver lo simple que había resultado, y al acordarse de la tarde que acababa de perder sin razón alguna, Atticus empezó a echar humo otra vez. Se alejó del coche para recobrar la compostura y fingió observar el sol, que ya estaba a punto de ponerse.

—¿Tiene que ir muy lejos? —le preguntó Earl.

—Hasta Chicago.

Earl enarcó una ceja.

—¿Esta noche?

—Bueno..., ése era el plan.

—Le diré una cosa —empezó Earl—. Ya he terminado mi trabajo por hoy. ¿Por qué no se viene a casa conmigo y deja que mi mujer le haga una cena de verdad? Así descansa un poco.

—No, señor, no podría.

—Claro que puede. Le viene de camino. Y no quiero que se marche de Indiana pensando que aquí sólo hay mala gente.

Earl vivía en el distrito de gente de color que había alrededor de Indiana Avenue, al noroeste del edificio del capitolio estatal. Tenía una casa estrecha de madera de dos plantas con una parcela diminuta de hierba delante. Cuando llegaron, el sol se había puesto y estaban viniendo

nubes del norte, precipitando la oscuridad. En la calle se estaba jugando un partido de béisbol con palos, pero ahora las madres de los jugadores los estaban llamando para que entraran en sus casas.

Earl y Atticus entraron también. La esposa de Earl, Mavis, recibió a Atticus con calidez y le enseñó dónde podía lavarse. A pesar de la bienvenida, a Atticus le daba apuro sentarse a la mesa de la cocina, porque muchos de los temas obvios de conversación durante la cena —su servicio en Corea; su estancia en Jacksonville; los acontecimientos de la jornada de ese día, y por encima de todo su padre en Chicago— eran cosas de las que no le apetecía hablar. Pero después de bendecir la mesa, Earl le sorprendió preguntándole qué le había parecido *Crónicas marcianas*.

—He visto que lo tenía en el coche.

De forma que hablaron de Ray Bradbury, y de Robert Heinlein, y de Isaac Asimov, autores todos que le gustaban a Earl; y de L. Ron Hubbard, que no le gustaba; y de la serie de Tom Swift, que a Earl le había encantado de chaval pero que ahora le avergonzaba, tanto por la descripción que hacían los libros de los negros como por el hecho de que de niño no se había fijado en ella, a pesar de los repetidos intentos de su padre por señalársela.

—Sí, mi padre también tenía problemas con mis lecturas —dijo Atticus.

Mavis habló poco durante la cena y pareció satisfecha de escuchar y de rellenarle el plato a Atticus cada vez que corría peligro de quedarse vacío. Para cuando se terminaron el postre ya era noche cerrada, y la lluvia tamborileaba en la ventana de la cocina.

—Bueno —dijo por fin Mavis—. Con este tiempo, esta noche no puede usted seguir conduciendo.

Pasado el punto de la resistencia incluso simbólica, Atticus se dejó llevar al cuarto de invitados del piso de arriba. Allí, en el tocador, había una fotografía de un joven con uniforme. Le habían atado una cinta negra en una esquina del marco. «Nuestro Dennis», lo había llamado Mavis, o

eso le había parecido a Atticus. Pero mientras ella le empezaba a poner sábanas limpias en la cama, añadió:

—Murió en el bosque. —Y Atticus se dio cuenta de que estaba hablando de las Ardenas.

Atticus se acostó con un libro que le había ofrecido Earl: más Bradbury, una colección de relatos llamada *Dark Carnival*. Era un gesto amable, pero no era realmente la mejor lectura para llevarse a la cama. Después de leer un relato sobre una reunión familiar de vampiros y otro muy extraño sobre un hombre que se hacía extraer el esqueleto, Atticus cerró el libro, echó un vistazo al sello de Arkham House que tenía en el lomo y lo dejó a un lado. Cogió sus pantalones y sacó la carta de su padre. La releyó y tocó con el dedo una palabra que había escrita cerca del final de la página.

—Arkham —susurró.

La lluvia se detuvo a las tres de la madrugada. Atticus abrió los ojos en medio del silencio y por un momento no supo en qué país estaba. Se vistió a oscuras y bajó la escalera sin hacer ruido, con la idea de dejar una nota, pero Earl estaba despierto, sentado a la mesa de la cocina con un cigarrillo.

—¿Escapándose a escondidas? —le dijo Earl a Atticus.

—Sí, señor. Le agradezco la hospitalidad pero me tengo que ir a casa.

Earl asintió con la cabeza, y con la mano que sostenía el cigarrillo le hizo un pequeño gesto de que se marchara.

—Dele las gracias a la señora Maybree de mi parte. Dígale adiós de mi parte.

Earl le volvió a hacer el gesto de que se fuera. Atticus se metió en el coche y se alejó por las calles oscuras y todavía húmedas, sintiéndose como el fantasma en cuya cama había dormido.

Ya estaba muy al norte cuando asomó el alba. Pasó por delante de un letrero que decía CHICAGO 83. El policía estatal estaba aparcado en el arcén del otro lado de la carretera. Se acababa de echar un sueñecito, y si Atticus

hubiera aparecido cinco minutos antes, habría podido pasar de largo sin ser visto, pero ahora el policía se incorporó hasta sentarse, parpadeando y bostezando bajo la luz rosada del alba. Al ver pasar a Atticus se terminó de despertar.

Atticus vio por el retrovisor cómo el coche patrulla hacía un giro de ciento ochenta grados para meterse en la carretera. Sacó de la guantera el registro del coche y el recibo de compra y los puso en el asiento del pasajero junto con su permiso de conducir, todo bien a la vista para que no hubiera confusión posible acerca de qué estaba intentando coger. Las luces centellearon en el retrovisor y empezó a sonar la sirena de la policía. Atticus paró en el arcén, bajó la ventanilla y cogió la parte superior del volante con las dos manos tal y como le habían enseñado a hacer en su primera lección de la autoescuela.

El policía se tomó su tiempo para salir del coche patrulla y se detuvo para desperezarse antes de echar a andar tranquilamente por el costado del Cadillac.

—¿Es tuyo el coche? —empezó.

—Sí, señor —contestó Atticus. Sin quitar las manos del volante, ladeó la cabeza hacia los documentos que había en el asiento del pasajero.

—Enséñamelos.

Atticus le dio los documentos.

—Atticus Turner —dijo el policía estatal, leyendo el nombre del permiso de conducir—. ¿Sabes por qué te he parado?

—No, señor —mintió Atticus.

—No te has pasado de la velocidad —le aseguró el policía—. Pero cuando te he visto la matrícula, me ha preocupado que te pudieras haber perdido. Florida está en dirección contraria.

Atticus agarró el volante un poco más fuerte.

—Estoy yendo a Chicago, señor.

—¿Para qué?

—Por mi familia. Mi padre me necesita.

—Pero ¿vives en Florida?

—He estado trabajando en Jacksonville. Desde que me licencié del ejército.

El policía bostezó sin molestarse en taparse la boca.

—¿Has estado trabajando, o sigues trabajando?

—¿Perdón?

—¿Vas a volver a Florida?

—No, señor. No lo tengo planeado.

—No lo tienes planeado. O sea, que te vas a quedar en Chicago, ¿no?

—Una temporada.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Mientras mi padre me necesite.

—¿Y luego qué?

—No lo sé. No lo he decidido.

—No lo has decidido. —El policía frunció el ceño—. Pero sólo estás de paso por aquí, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Atticus, resistiendo la tentación de añadir: «Si me deja usted».

Con el ceño todavía frunciado, el policía volvió a meter con malos modos los documentos por la ventanilla. Atticus los devolvió al asiento del pasajero.

—¿Qué hay ahí? —preguntó a continuación el policía, señalando la cesta del suelo.

—Lo que queda de mi almuerzo, de ayer.

—¿Y atrás qué hay? ¿Algo en el maletero?

—Mi ropa nada más —respondió Atticus—. Mi uniforme del ejército. Y libros.

—¿Qué clase de libros?

—Sobre todo de ciencia ficción.

—¿De *ciencia ficción*? ¿Y este coche es tuyo?

—Agente...

—Sal. —El policía se apartó de la portezuela y puso la mano en la culata del revólver.

Atticus salió del coche, despacio. De pie, le sacaba dos centímetros y medio al policía; su recompensa por aquella impertinencia fue que el policía le hizo darse la vuelta, lo empujó contra el Cadillac y lo cacheó sin miramientos.

—Muy bien —dijo el policía—. Abre el maletero.

Éste primero hurgó entre la ropa de Atticus, palmeando los costados de su petate como si también fuera un hombre negro apoyado contra un coche. Luego pasó a los libros, volcando el contenido de la caja en el maletero. Atticus trató de permanecer indiferente y se dijo a sí mismo que las ediciones de bolsillo eran para ser maltratadas, pero le costó contenerse. Era como si vapulearan a sus amigos.

—¿Esto qué es? —El policía cogió un objeto envuelto para regalo que permanecía en el fondo de la caja.

—Otro libro —respondió Atticus—. Es un presente para mi tío.

El policía arrancó el papel de regalo, revelando un volumen en tapa dura.

—*Una princesa de Marte*. —Miró de reojo a Atticus—. A tu tío le gustan las princesas, ¿no? —Tiró el libro a la caja, y Atticus se molestó cuando aterrizó abierto y con las páginas todas dobladas.

El policía dio la vuelta al Cadillac. Cuando abrió la portezuela del pasajero, Atticus pensó que iba a por *Crónicas marcianas*, que se encontraba en la parte de delante del coche. Pero el policía se incorporó con la *Guía de viajes seguros para negros*. La hojeó, primero perplejo y después asombrado.

—Estas direcciones, ¿son todo sitios que sirven a gente de color?

Atticus asintió con la cabeza.

—Vaya —soltó el policía—. Esto sí que es la monda... —Miró la guía de refilón y con los ojos entrecerrados—. No es muy grueso, ¿verdad?

Atticus no contestó.

—Muy bien —dijo por fin el policía—. Te voy a dejar ir. Pero me quedo esta guía. No te preocupes —añadió, adelantándose a la objeción que Atticus sabía que no debía presentar—. Ya no te va a hacer falta. ¿Dices que vas a Chicago? Pues entre aquí y allí no hay ningún sitio donde te convenga pararte. ¿Entendido?

Atticus lo entendió.



Las oficinas centrales de la Agencia de Viajes Seguros para Negros (propietario: George Berry) estaban en Washington Park, en el South Side de Chicago. Atticus aparcó delante del templo de los francmasones que había al lado y se sentó a ver a los peatones y los conductores que pasaban, entre los cuales no había ni una sola cara blanca. En Jacksonville también había calles donde apenas se veía a gente blanca, pero esta calle, este vecindario, era el suyo —en otra época había sido el mundo entero de Atticus—, y estar allí lo relajaba más que nada en el mundo, como sólo la voz de su madre sabía calmarlo. Mientras se tranquilizaba, y la bola que tenía dentro se desenrollaba despacio y gradualmente, se le ocurrió que el policía estatal había tenido razón: aquí no le hacía falta la guía.

La oficina de viajes todavía estaba cerrada a aquella hora, pero Atticus vio una luz encendida en el apartamento de encima. En vez de llamar al timbre, dio la vuelta hasta el callejón y subió por la escalera de incendios para llamar a la puerta de la cocina. Oyó el chirrido de una silla dentro seguido del ruido metálico del pestillo. La puerta se abrió a medias y el tío George se asomó con cautela. Cuando vio quién era, sin embargo, exclamó «¡Hola!» y abrió la puerta del todo, atrayendo a Atticus con un fuerte abrazo.

—Hola, tío —dijo Atticus riendo y devolviendo el abrazo.

—¡Me alegro de verte, hombre! —George dio un paso atrás, cogió a Atticus de los hombros y lo miró de arriba abajo—. ¿Cuándo has vuelto?

—Acabo de aparcar.

—Entra pues.

Atticus entró en la cocina y lo invadió la misma sensación de barraca de feria que lo había agobiado la única vez anterior que había visitado su ciudad después de alistarse. Aunque ya había alcanzado su pleno crecimiento justo

antes de entrar en el ejército, en los recuerdos más intensos que tenía de aquel lugar, él era una persona mucho más pequeña, de tal forma que ahora la sala parecía haber encogido. Cuando su tío cerró la puerta y se giró para abrazarlo por segunda vez, Atticus se dio cuenta de que George también había encogido, aunque en el caso de George esto sólo quería decir que ahora eran de la misma estatura.

—¿Está en casa la tía Hippolyta? —preguntó Atticus, con ganas de tomarle también las medidas a ella.

—No —contestó George—. Está en Wyoming. Han abierto un balneario nuevo cerca de Yellowstone, regentado por cuáqueros, ¿te lo puedes creer? Supuestamente abierto a todo el mundo; ha ido a verlo.

Al principio de su matrimonio, Hippolyta se había ofrecido voluntaria para hacer de exploradora para la *Guía de viajes seguros para negros*, especializada en centros de ocio para las vacaciones. En un primer momento, George y ella habían viajado juntos, pero últimamente iba casi siempre sola y dejaba a George en casa para que se ocupara del hijo de ambos.

—Estará fuera una semana por lo menos. Pero sé que Horace se alegrará de verte en cuanto se despierte.

—¿Horace todavía duerme? —Atticus se quedó sorprendido—. Todavía no se ha terminado el curso escolar, ¿verdad?

—Todavía no —dijo George—. Pero hoy es sábado. —Riéndose de la reacción de Atticus a la noticia, añadió—: Supongo que no hace falta que te pregunte cómo ha ido tu viaje.

—No hace falta, no. —Le ofreció el libro que le había traído del coche como si fuera un polluelo herido.

—¿Qué es...? Ah, el señor Burroughs.

—*Souvenir* del Japón —indicó Atticus—. Lo encontré en una librería delante de la base de Gifu, el tipo tenía una sola estantería de libros en inglés, casi todos de ciencia ficción... Pensé que quizá fuera una primera edición, pero ahora creo que simplemente es viejo.

—Ha viajado lo suyo —dijo George. El libro quedó abierto por las páginas dobladas; Atticus había hecho lo que había podido para aplanarlo, pero el doblez era permanente.

—Sí, estaba en mejor estado cuando lo compré.

—Eh, no pasa nada —aseguró George—. Se leerá perfectamente. —Sonrió—. Venga, vamos a ponerlo en el sitio de honor. —Se dirigió al dormitorio que Hippolyta y él compartían con los mejores libros.

Atticus lo siguió una parte del camino y se paró delante del otro dormitorio del apartamento para echarle un vistazo a su primo. Horace, de doce años de edad, estaba acostado bocarriba con la boca abierta y una respiración jadeante y pesada. Tenía un número de *Tom Corbett, caderete del espacio* junto a la almohada y varios más tirados por el suelo.

Delante de la cama había una mesa de caballete patiocorta puesta contra la pared. Sobre la mesa, una cartulina dividida en viñetas que contenían escenas de una aventura intergaláctica: negros con capas deambulando por un paisaje a lo Buck Rogers. Atticus la examinó desde la puerta, con la cabeza ladeada, como si estuviera intentando coger el hilo de la historia.

George volvió por el pasillo.

—Está aprendiendo mucho —dijo Atticus, sin levantar la voz.

—Sí, ha estado procurando convencerme para empezar una línea de cómics. Yo le he dicho que si ahorra el dinero suficiente de su bolsillo, puede que lo ayude a hacer una tirada pequeña... ¿Tienes hambre, pues? ¿Qué te parece si lo saco de la cama, llamamos a tu padre y salimos todos a desayunar juntos? ¿Ya has visto a Montrose?

—Todavía no —respondió Atticus—. Antes quiero hablar contigo de una cosa.

—Muy bien. Ve a ponerte cómodo, yo voy a hacer café.

Mientras George se ponía manos a la obra en la cocina,

Atticus salió a la sala de estar, que en su infancia le había servido tanto de biblioteca como de sala de lectura. Las estanterías estaban divididas entre las de él y las de ella; los intereses de la tía Hippolyta se centraban sobre todo en la ciencia y la historia natural, más una pizca de Jane Austen. George mostraba su reconocimiento a la literatura respetable, pero reservaba su pasión más profunda y la mayoría del espacio de sus estantes para los géneros *pulp*, la ciencia ficción, la fantasía, los relatos de misterio y detectives, y los de horror e historias extrañas.

La devoción compartida por Atticus hacia aquellos géneros de literatura escrita sobre todo por blancos había sido causa de conflicto continuo con su padre. George, por ser el hermano mayor de Montrose, era en gran medida inmune a sus burlas y siempre podía decirle que se guardara sus opiniones. Atticus no tenía aquel privilegio. Si su padre estaba de humor para debatirle sus gustos literarios, él no tenía más remedio que complacerlo.

No solían faltar temas de discusión. Edgar Rice Burroughs, por ejemplo, ofrecía abundante alimento para las críticas con sus historias de Tarzán (¿acaso era necesario enumerar todos los problemas que Montrose tenía con Tarzán, empezando por la misma idea de él?), o su serie de Barsoom, cuyo protagonista, John Carter, había sido capitán del ejército de Virginia del Norte antes de convertirse en señor de la guerra marciano. «¿Un oficial confederado? —había dicho el padre de Atticus horrorizado—. ¿Ése es el héroe?» Cuando Atticus intentó sugerir que no estaba tan mal porque técnicamente John Carter era un exconfederado, su padre se burló: «¿Exconfederado? ¿Qué es eso, algo así como un exnazi? ¿Ese hombre luchó por la esclavitud! ¡Delante de eso no se pone un ex!».

Montrose podría haberle prohibido simplemente que leyera aquellas cosas. Atticus conocía a otros chicos cuyos padres les habían hecho eso, les habían tirado a la basura sus colecciones de tebeos y de *Amazing Stories*. Pero Montrose, con limitadas excepciones, no creía en la prohibi-

ción de leer libros. Él siempre insistía en que simplemente quería que Atticus pensara en lo que leía, en vez de limitarse a tragárselo inconscientemente, y Atticus, si estaba siendo sincero, tenía que admitir que era una meta razonable. Pero si era justo admitir las buenas intenciones de su padre, también era justo señalar que su padre era un hombre beligerante a quien le gustaba tener motivos para meterse con él.

El tío George tampoco le ayudaba demasiado.

—En el fondo a tu padre no le falta razón —dijo una vez que Atticus se estaba quejando.

—¡Pero si a ti te encantan esas historias! —replicó Atticus—. ¡Te encantan tanto como a mí!

—Sí que me encantan —admitió George—. Pero las historias son como las personas, Atticus. Que te encanten no significa que sean perfectas. Uno intenta amar sus virtudes y pasar por alto sus defectos. Pero los defectos siguen estando ahí.

—Pero tú no te enfadas. A diferencia de papá.

—No, es verdad, no me enfado. Con las historias no. A veces me decepcionan. —Miró las estanterías—. A veces me dan una puñalada en el corazón.

Plantado ahora delante de aquellas mismas estanterías, Atticus cogió un libro que llevaba el sello de Arkham House. *El intruso y otros cuentos fantásticos*, de H. P. Lovecraft.

Lovecraft no era un autor que Atticus habría imaginado que le gustaría. Escribía relatos de terror, que eran más del gusto de George. Atticus prefería aventuras con finales felices o por lo menos esperanzados. Pero un día había decidido por capricho probar a ver qué tal era Lovecraft, y había elegido al azar un relato largo titulado *En las montañas de la locura*.

La historia trataba de una expedición científica en busca de fósiles a la Antártida. Mientras estaban buscando nuevos terrenos de excavación, los científicos descubrían una cordillera con cimas más altas que el Everest. En una

meseta de las montañas había una ciudad construida hacía millones de años por una raza de extraterrestres llamada los Antiguos, o los Primigenios, que habían venido a la Tierra desde el espacio durante el Precámbrico. Aunque los Primigenios habían abandonado la ciudad hacía mucho tiempo, sus antiguos esclavos, unos monstruos protoplásmicos llamados shoggoths, seguían rondando los túneles de debajo de las ruinas.

—¿Shiggoths? —había dicho el padre de Atticus cuando éste cometió el error de hablarle de aquello.

—Shoggoths —lo corrigió Atticus.

—Ajá. Y la raza de los amos, el clan primigenio...

—Los Primigenios. Los Antiguos.

—Tienen la piel clara, seguro. Y los Shiggoths son oscuros.

—Los Primigenios tienen forma de barril. Y tienen alas.

—Pero son blancos, ¿verdad?

—Son grises.

—¿Gris claro?

Después de unas cuantas pullas más de este estilo —y de una disquisición aparte más seria sobre las ideas deliberadamente equivocadas del señor Lovecraft en materia de evolución—, Montrose lo dejó estar, o eso le pareció. Pero unas cuantas noches más tarde se trajo una sorpresa a casa.

Aquella noche la madre de Atticus había salido con una amiga, y Atticus estaba solo en el apartamento, leyendo *La llamada de Cthulhu* y tratando de no hacer caso de un extraño gorgoteo en el fregadero de la cocina. La verdad es que sintió alivio cuando su padre llegó a casa.

Montrose empezó sin preámbulos.

—He pasado por la biblioteca pública después del trabajo —dijo mientras colgaba su abrigo—. He hecho un poco de investigación sobre tu amigo el señor Lovecraft.

—¿Ah, sí? —respondió Atticus sin entusiasmo. Reconoció la perversa mezcla de enfado y júbilo en la voz de su

padre y supo que le iban a estropear de forma irrevocable algo de lo que él disfrutaba.

—Resulta que también era poeta. No era ningún Langston Hughes, pero aun así es interesante... Mira.

El documento mecanografiado que su padre le entregó parecía una parodia barata de uno de los textos arcanos de los relatos de Lovecraft: una revista literaria hecha por aficionados, producida con un antiguo mimeógrafo y encuadernada con cartulinas manchadas. No había página titular, pero la cubierta llevaba una etiqueta que indicaba su procedencia: PROVIDENCE, 1912. Atticus nunca averiguó cómo había terminado en el sistema de bibliotecas públicas de Chicago, pero si existía, no le sorprendió que su padre se las hubiera apañado para encontrarlo. Montrose tenía olfato para aquellas cosas.

Había un tarjetón del catálogo de la biblioteca metido entre las páginas a modo de punto de lectura. Atticus abrió la revista por la página indicada, y allí estaban: ocho versos humorísticos firmados por Howard Phillips Lovecraft.

El poema se titulaba «Sobre la creación de los negros». *A veces me dan una puñalada en el corazón...*

—¿Te estás reencontrando con viejos amigos? —preguntó George, apareciendo con el café.

—Sí. —Atticus devolvió el libro a su sitio y cogió la taza que George le ofrecía.

—Gracias. —Se sentaron, y Atticus sintió que le venía encima una ola de fatiga.

—¿Y qué? —interrogó George—. ¿Qué tal Florida?

—Segregada —contestó Atticus, pensando mientras lo decía que no era la palabra adecuada, ya que también se podía aplicar a Chicago.

Pero George asintió con la cabeza.

—Sí. No pensé que te fuera a gustar el sur. Pero tampoco esperaba verte de vuelta tan pronto. Pensé que te quedarías por lo menos hasta el final del verano.

—Yo también lo pensaba —dijo Atticus—. Y estaba

pensando en visitar California. Pero entonces recibí esto.
—Y le mostró a George la carta de su padre.

George reconoció inmediatamente la caligrafía del sobre. Volvió a asentir con la cabeza.

—Montrose me pidió tu dirección postal.

—¿Y te dijo sobre qué me quería escribir?

George se rio.

—¿Estás de broma? Ni siquiera admitió que te iba a escribir. Sólo me dijo que quería tener la dirección, «por si acaso». Ha sido así desde que te marchaste: se preocupa por ti y quiere estar al corriente de todo lo que yo sé, pero Dios no quiera que lo admita. Así que lo deja caer como quien no quiere la cosa cuando estamos hablando de otros temas. «Ah, por cierto, ¿tienes alguna noticia del chaval?»

—El chaval. —Atticus hizo una mueca.

—Eh, si dijera tu nombre, podría dar la impresión de que le importa. Y esto que te cuento ya es una mejora. El primer año que estuviste en Corea ni siquiera preguntaba. Venía a cenar a casa y esperaba a que yo le diera la información. Y si no se la daba yo voluntariamente, él no decía nada pero tampoco se iba a casa. Se quedaba aquí hasta las diez, las once, las doce si hacía falta, esperando a que yo sacara el tema. Me volvía loco. —George negó con la cabeza—. ¿Y sobre qué te ha escrito, pues?

—Sobre mi madre —dijo Atticus—. Dice que ha averiguado de dónde viene su familia.

—Sigue obsesionado con eso, ¿eh?

La madre de Atticus, Dora, era la hija única de una mujer soltera. La identidad de su padre era un misterio y un tema tabú. Su madre, repudiada por su familia, tampoco había hablado casi nunca de ellos, como resultado de lo cual Dora sabía muy poco de sus abuelos maternos, más allá del hecho de que habían vivido en Brooklyn pero procedían originalmente de algún sitio de Nueva Inglaterra.

Montrose, que había conseguido rastrear sus propias raíces hasta cinco generaciones atrás, había jurado que averiguaría algo más sobre los antepasados de Dora. Al

principio, cuando Dora y él eran novios, había tenido la intención de darle aquella información como una especie de ofrenda de amor, pero para la época en que nació Atticus ya se había convertido en una misión puramente egoísta y en una de la larga lista de cosas por las que Dora y él se peleaban.

Atticus recordaba estar acostado en su cama de la infancia, oyéndolos discutir:

—¿Cómo es posible que no lo quieras saber? —decía su padre—. Tus antepasados forman parte de quien eres. ¿Cómo puedes dejar que te roben eso?

—Sé adónde lleva el pasado —le contestaba su madre—. Es un sitio triste. ¿Para qué iba a querer saber más? ¿Acaso saberlo te hace feliz a ti?

—No es una cuestión de ser feliz. Se trata de estar completo. Y tienes derecho a estarlo. Es tu obligación.

—Pero es que no lo quiero. Por favor, déjalo estar.

La madre de Atticus había muerto cuando él tenía diecisiete años. El día del funeral, había encontrado a su padre hurgando en una caja de recuerdos de ella. Montrose había cogido una fotografía de los abuelos de Dora —la única imagen de ellos que su madre había tenido— y la había sacado del marco para ver si había algo escrito detrás. Alguna pista.

Su padre se había quedado sobresaltado cuando Atticus le había quitado la foto de las manos.

—¡Déjalo ya! —le había gritado—. ¡Ella te pidió que lo dejaras!

Montrose se quedó un momento intimidado pero recuperó el aplomo enseguida, con una furia que rebasaba la de su hijo. Le pegó a Atticus un golpe lo bastante fuerte para tirarlo al suelo y luego se plantó ante él, furioso.

—No me digas nunca lo que tengo que hacer. Nunca.

—Por supuesto que sigue obsesionado con eso —dijo ahora Atticus, en respuesta a la pregunta de George—. Pero lo que necesito preguntarte... Dices que papá te volvía loco. Lo que me estoy preguntando es si crees que

terminó volviéndose justamente loco a sí mismo. —Leyó en voz alta un fragmento de la carta, leyendo con cierta dificultad la caligrafía de su padre—. «Sé que, igual que tu madre, crees que puedes ordenar... olvidar el pasado. Pero no puedes. El pasado está vivo, es algo que vive. Es una duda... deuda que tienes. Ahora he descubierto algo sobre los... antepasados de tu madre. Tienes un legado sagrado... secreto, un derecho de nacimiento que te fue negado.»

—¿Legado? —repitió George—. ¿Está hablando de una herencia?

—No lo dice exactamente. Pero, sea lo que sea, tiene algo que ver con el sitio del que supuestamente vino la familia de mamá. Dice que necesita que yo vuelva a casa para que podamos viajar allí juntos y reclamar lo que me pertenece.

—Bueno, tampoco parece una locura. Quizá un poco iluso, pero...

—Lo loco no es el legado. Es el sitio. El sitio al que quiere que lo acompañe está en pleno territorio Lovecraft.

George negó con la cabeza, sin entender.

—Arkham —dijo Atticus—. La carta dice que los antepasados de mi madre vienen de Arkham, Massachusetts. —Arkham: la ciudad del reanimador de cadáveres Herbert West y de la Universidad de Miskatonic, que había patrocinado la expedición de búsqueda de fósiles a las montañas de la locura—. Es un sitio inventado, ¿no? O sea...

—Oh, sí —afirmó George—. Lovecraft lo basó en Salem, creo, pero no es un sitio real... Déjame ver esa carta. —Atticus se la dio, y George la examinó, entrecerrando los ojos e inclinando la cabeza de lado a lado—. Es una d —dijo por fin.

—¿Cómo?

—No pone Arkham con k. Pone «Ardham», con d.

Atticus se levantó y se quedó mirando la carta por encima del hombro de George.

—¿Eso es una d?